

Katarzyna Puzyńska

**MARIPOSAS
HELADAS**

Traducción:

FRANCISCO JAVIER VILLAVERDE GONZÁLEZ



MAEVA | NOIR

*I dreamed I was a butterfly, flitting around in the sky;
then I awoke. Now I wonder: Am I a man
who dreamt of being a butterfly, or am I a butterfly
dreaming that I am a man?*

«Soñé ser una mariposa que revoloteaba por el cielo.
Después me desperté. Ahora me pregunto:
¿soy un hombre que ha soñado ser una mariposa?,
¿o soy una mariposa soñando que es un hombre?»

ZHUANGZI

Prólogo

Varsovia. Domingo, 30 de diciembre de 2012

La misa había terminado poco antes y la iglesia estaba ya vacía y a oscuras. El silencio solo se veía quebrado por algunos ecos lejanos. Un hombre se sentó en el primer banco, en uno de sus extremos. No quería que nadie se fijara en él, si por casualidad entraba alguien allí. Necesitaba unos momentos de intimidad.

Pensar en lo que había hecho no le dejaba vivir tranquilo. Y con la perspectiva del tiempo resultaba aún peor. Había creído que los remordimientos se le pasarían, pero no había sido así. Se podría decir que, según se sucedían los días, se sentía cada vez peor. Iba recordando más y más detalles. Recordaba con precisión cómo iba vestida ella, cómo llevaba arreglado el pelo. Recordaba su voz. Sin embargo, lo peor de todo eran sus ojos. Primero había aparecido en ellos el terror, en cuanto se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Después, cuando todo hubo finalizado, su mirada quedó vacía. Ya no expresaba nada. En aquellos ojos solo vio su reflejo. El reflejo de un monstruo.

El hombre se estremeció entre la oscuridad de la iglesia desierta. No sabía si era debido al frío que penetraba en el templo o a sus recuerdos. Ahora ya es demasiado tarde, pensó. Los santos de los cuadros parecían mirarlo de manera acusadora. Ahora ya es demasiado tarde, repitió mentalmente, como si quisiera convencerse a sí mismo y también a ellos. No podía cambiar lo que había hecho. No había forma de rectificarlo. Demasiado tarde. Tendría que vivir sopor-tando el peso del peor de los pecados.

Quizá con el tiempo lograra olvidarlo. Dirigió su mirada supli-cante hacia el altar, siempre iluminado por la lucecita del sagrario

dorado, pero no se atrevía a pedirle abiertamente a Dios que le ayudara con aquel asunto. Eso habría sido una blasfemia.

El hombre cerró los ojos y quedó en completo silencio. Sus pensamientos erraban intranquilos. Ahora lo más importante es que nadie se entere, se dijo al final. En apariencia había tomado todas las medidas oportunas para que así fuera. Se encontraba a salvo. Al menos de momento.



PRIMERA PARTE



1

Lipowo. Martes, 15 de enero de 2013, por la mañana

Weronika Nowakowska se despertó de golpe y se frotó los ojos con gesto perezoso. Daba la impresión de que el día aún no se había puesto en marcha. Alrededor reinaba el silencio pesado de la mañana, interrumpido únicamente por el plácido resoplar del perro. La ausencia total de ruidos parecía poco natural. Llevaba solo una semana viviendo en el campo y todavía no se había acostumbrado a no oír el rumor de Varsovia al otro lado de la ventana. Los ruidos de la ciudad conformaban un trasfondo que no se advertía hasta que faltaba. No había murmullo de coches ni estrépito de tranvías. No había voces de gente que se apresura para llegar a tiempo al trabajo. Silencio.

Sacó lentamente una mano de debajo del edredón. Hacía frío. Tenía que solucionar lo de la calefacción. Quizá podría pedirle a alguien del lugar que le explicara cómo funcionaba la caldera. De momento era para ella magia negra. Pensaba que estaba un poquito aburguesada. Siempre había vivido en un bloque de pisos en el que había calefacción central. No necesitaba preocuparse, funcionaba sola. De un modo mágico.

Se levantó poco a poco, retrasando todo lo posible el momento de salir de debajo del edredón. Sintió un estremecimiento cuando sus pies tocaron el suelo frío. Tenía que encender la calefacción sin falta. Echó el aliento para ver si se convertía en vapor debido al frío, pero no ocurrió nada parecido. Quizá había exagerado. Seguro que los lugareños se habrían reído de ella si la hubieran visto en ese momento.

—¡Hola, perrito! ¿Has dormido bien?—Weronika le dio unas palmaditas en la cabeza al perro, que movió con desgana su peluda cola

y cerró los ojos, dejando bien claro que seguía durmiendo. Él tampoco estaba acostumbrado a levantarse tan temprano—. *Igor*, debes de ser el perro más perezoso del mundo.

Miró fuera. Al otro lado de la ventana el bosque se hundía en la blancura de la nieve. Nunca le había gustado el invierno, pero allí, en el campo, había empezado a verlo con otros ojos. Ramas llenas de nieve, huellas de animales impresas en un immaculado manto blanco. Todo parecía muy romántico.

—Romántico—dijo resoplando mientras recogía sus rizos pelirrojos en un moño holgado. El perro torció la cabeza, como extrañado por la reacción de su dueña—. Ya ves, *Igor*, nos hemos quedado solos, tú y yo. ¡En el fin del mundo! Estoy enterrada en nieve hasta la cintura. Acompañada de un perro perezoso. ¡Es realmente muy romántico!

A lo largo de la última semana, durante las solitarias y oscuras noches rociadas con vino tinto de sabor áspero, había analizado miles de veces su decisión de separarse de su marido y comprar aquella vieja casa rústica que estaba algo deteriorada. Como si hubiera sido decisión mía, se rio para sus adentros. Como si no hubiera sido Mariusz el que decidió elegir a la primera que se cruzó con él. Pero no a mí.

Firmaron los papeles del divorcio —pura formalidad— y su ya exmarido le ingresó en la cuenta una estimable suma de dinero. Una especie de regalo de despedida a modo de compensación, como comentó él con ese irritante tono suyo de hombre de las altas esferas seguro de sí mismo. No era precisamente pobre, y se había acostumbrado a comprar cualquier cosa con dinero. Incluido el perdón de su exesposa. Pareció extrañarse de que siguiera enfadada con él.

Con ese dinero en la cuenta, Weronika podría haber comprado un piso en Varsovia y haber continuado viviendo como hasta entonces. Abrir cada día por la mañana la consulta y sonreír al siguiente paciente. Mantener la imagen de psicóloga alegre, llena de energía. Sin embargo, en su interior notaba un grito que se iba haciendo cada vez más grande, hasta que tuvo la impresión de que no aguantaba más. Al final decidió que ya era hora de seguir a esa voz interior sin importar las consecuencias.

Paradójicamente, fue su exmarido quien la ayudó a ponerse en marcha. Resultó que el padre de Radek Kojarski Júnior, un buen amigo

de Mariusz, tenía en venta una finca de tres hectáreas con una casa en el pueblo de Lipowo. Aunque en principio no le hizo mucha gracia telefonar, acabó marcando el número, garabateado en un trozo de papel. Nadie había comprado la finca. Una firma, una transferencia bancaria... y se convirtió en la feliz dueña de una vieja casa rural en la región de Masuria, teniendo como vecino a Kojarski Senior y familia. El señor Kojarski poseía al parecer una fortuna de varios miles de millones de eslotis. El dinero que ella le había pagado por la casa constituía tan solo una gota en el mar de las inversiones diarias de aquel hombre.

Al principio Mariusz se había reído de los planes de Weronika, pero ella optó por no hacerle el menor caso. Su risa ya no era asunto suyo. Más bien de Kamila, Aneta o Klaudia, o de la que estuviera con él en ese momento. Rechazó con orgullo la ayuda que le ofreció para la mudanza. Se las apañaba sola, gracias. Sí, y también se las apañaría con las reformas de la casa. Sí, ya sabía que sería un trabajo duro. Sí, se las apañaría sola con todo. ¡Sola!

Pero, entonces, ¿por qué no había podido contener las lágrimas durante las últimas noches? Se tumbaba en la cama abrazada al lano Igor y se sentía el ser más solitario del mundo.

—¡Igor! —gritó alejando de sí los recuerdos depresivos. El golden retriever se bajó de la cama de un salto, esperando oír su palabra favorita. «Desayuno» era un término que podía sacarlo del sueño más profundo—. ¡Basta de lamentos! Voy a dominarme. Tenemos que empezar a vivir de nuevo. Solos. ¡Lo conseguiremos!

La alegría de su voz sonaba artificial, pero de momento tenía que conformarse con eso.

El perro corrió por las escaleras hasta la cocina, en el piso de abajo. Su cola dorada desapareció de la vista. La casa estaba todavía llena de cajas sin abrir con las cosas que había traído de Varsovia. Se encontraban esparcidas entre los muebles viejos que venían incluidos con la casa. Por todas partes se extendía un ligero olor a polvo y a cerrado, típico de las casas en las que no ha vivido nadie durante mucho tiempo. Las escaleras crujieron bajo sus pies cuando bajó con cuidado al piso inferior. Algunos escalones eran un poco inseguros, pero había aprendido a evitarlos.

Un objetivo para el nuevo año, pensó mientras llenaba de comida el bol del perro. Que en realidad es un objetivo para mi nueva vida: ¡limpiar!

Sacó un yogur de la nevera y se lo comió abstraída. La casa necesitaba una limpieza a fondo, igual que su vida. *Igor* devoró su comida y corrió al recibidor a buscar la correa. Era el ritual diario: desayuno, paseo. Weronika no podía defraudarlo. El paseo de *Igor* había sido sagrado incluso cuando todo su mundo se hundía aplastado por los nombres de las sucesivas amantes de su esposo. Metió su abundante pelo bajo el gorro y se abrochó el anorak de plumas. No quería correr riesgos. En el campo hacía mucho más frío que en la ciudad.

Tal como se imaginaba, fuera reinaba un frío muy intenso. Una pared de aire congelado impedía que pasara hasta el más leve viento. Todo parecía estar inmóvil en un sueño de hielo. La nieve brillaba bajo el sol invernal, que era casi tan intenso como en verano. Weronika se sentía como si se hubiera introducido en un cuadro que mostrara un paisaje escandinavo o incluso de la lejana Siberia. Los alegres ladridos de *Igor* la sacaron de su ensimismamiento. Se dirigió con paso firme hacia el bosque. Ahora solo el movimiento podía salvarla del frío.

Su casa se hallaba sobre una loma elevada, a cierta distancia del pueblo, en la linde de un bosque del Parque Natural de Brodnica. Al otro lado del bosque, no muy extenso en aquel lugar, se encontraba la propiedad del señor Kojarski y familia. A Weronika le gustaba atravesar el bosque por el sendero que conducía a la inmensa casa de su vecino. La residencia de los Kojarski bien podía ser definida como un palacio. Tal calificación encajaba mejor con su aspecto elegante y sus gigantescas dimensiones.

El sendero, que cruzaba un bosque de abedules jóvenes, debía de resultar muy hermoso en primavera y verano, cuando los árboles están rodeados de una delicada vegetación. Más o menos a la mitad del camino había un pequeño claro circular al que Weronika había dado el nombre de Claro de las Brujas. Describía un círculo perfecto, como si hubiera sido abierto adrede por el ser humano. Solo faltaba en él una casita de chocolate.

De pronto, Weronika se dio cuenta de que no estaba sola. La despreocupación cedió paso a la inquietud. En el centro del claro había

un hombre ataviado con una gruesa cazadora verde y un gorro de piel. Su rostro estaba oculto por una poblada y caricaturesca barba color castaño. Si hubiera sido un poco más gordo y hubiera llevado barba blanca, lo podría haber tomado por Papá Noel.

Al verla se llevó la mano a la gorra para realizar el clásico y encantador gesto de saludo.

–Buenos días. Soy Edward Gostyński, el guardabosques –se presentó. De cerca parecía más joven de lo que en principio había pensado–. ¿Ese perro es suyo?

–Sí, es mío –reconoció con cautela. El tono de voz del hombre no presagiaba nada bueno–. Soy Weronika Nowakowska. Me he mudado aquí hace poco. Vivo en la casa que hay junto al bosque.

–Sé quién es usted –la interrumpió–. ¿No sabe que en el bosque no se puede soltar al perro de la correa?

–¿De verdad? –Decidió fingir que no conocía la existencia de tal norma, cosa que en realidad era cierta–. Acabo de llegar aquí y no sabía...

–El perro puede ahuyentar a los animales. Esto es un parque natural –dijo el guardabosques con su dignidad herida–. Sujete al perro con la correa, por favor. Esta vez no habrá mayores consecuencias, pero tenga cuidado de ahora en adelante. Ha venido usted de Varsovia, ¿verdad?

–Sí –contestó Weronika, que prefirió no preguntar cómo lo sabía. Debía irse acostumbrando a que allí todo el mundo supiera todo acerca de los demás. Era lo que ocurría en las comunidades pequeñas. Por lo visto.

–Quizá en la capital la costumbre sea otra, pero aquí respetamos las leyes. No solo los lugareños, también los forasteros como usted. Que pase un buen día –añadió el guardabosques Gostyński, aunque no pareció que sus deseos fueran demasiado sinceros.

Enganchó a *Igor* con la correa tal como le había indicado y siguió su camino sin prisas. El perro daba la impresión de sentirse desencantado por aquella repentina pérdida de libertad.

–No te preocupes, perrito, dentro de un momento podrás corretear –le aseguró Weronika con un susurro–. Pero primero vamos a dejar que se aleje el guardabosques.

El cuerpo de la monja yacía en un arcén tirado de cualquier manera, como si fuera una muñeca rota. Solo unos cientos de metros y una curva de la carretera forestal la separaban del pueblo. En varios puntos la sangre había manchado con un rojo intenso la nieve recién caída. El torso y las extremidades estaban destrozados y dejaban a la vista los órganos internos grotescamente retorcidos. Los faldones del hábito negro rodeaban el cuerpo malherido como si fueran grandes alas. Solo el rostro había quedado intacto. En él se dibujaba una expresión de sorpresa mezclada con dolor.

Un cuervo, extrañado, se posó junto al cadáver. Observó el cuerpo de la muerta con interés. Raramente se veía algo así en su bosque. El olor de la sangre resultaba tentador. Lanzó un graznido gutural para avisar a su compañera. Entre los árboles se oyó una sonora respuesta.

De repente apareció alguien en la carretera. El cuervo, decepcionado, salió volando.

Weronika Nowakowska cruzó un turbulento arroyo por un pequeño y estrecho puente. El sonido del agua resultaba agradable. Se detuvo un momento para disfrutar de la atmósfera idílica de la mañana. Un poco más adelante el bosque se aclaraba y se podía ver una finca inmensa en la que se hallaba la suntuosa residencia de los Kojarski, rodeada por un magnífico jardín que, según contaban, en verano se inundaba de flores. Lo que más le gustaba a Weronika era un laberinto enorme hecho con setos cortados con gran precisión. Durante la última semana se había quedado varias veces a la entrada del bosque sin decidirse a penetrar en los terrenos de su acaudalado vecino por miedo a molestar, pero a la vez deseando conocer aquel increíble prodigio de la jardinería.

Soltó a *Igor* de la correa. Consideró que se encontraban ya lo bastante lejos del guardabosques y su estricta interpretación de la ley.

—¡Buenos días! —Una dulce voz de chica llegó desde el lado del jardín.

Weronika se sobresaltó, asustada de nuevo por la repentina presencia de otra persona. El silencio matinal parecía pertenecerle solo

a ella. Por suerte no se trata del guardabosques, río para sus adentros. No le apetecía volver a discutir con él.

—¡Pero qué perrito tan simpático!

La mujer iba vestida con un ajustado mono de esquí para protegerse del frío. *Igor* se arrimó con descaro a ella para que lo acariciara. Los guantes rosas que cubrían sus pequeñas manos se introdujeron entre el pelaje dorado del perro, que estaba encantado con los mimos.

—Soy Blanka —se presentó la mujer, al tiempo que se arreglaba sus cabellos teñidos—. Vengo de allí. —Señaló en dirección al imponente edificio.

A pesar del frío no llevaba gorro. Weronika sospechó que era por temor a que se le estropeará su primoroso peinado. Los bordes de sus orejas estaban rojos por el frío y su mandíbula parecía temblar ligeramente.

—Soy la esposa de Ryszard Kojarski —dijo Blanka—. Aunque todos lo llaman Sénior, para diferenciarlo de su hijo, Radek. A él lo llaman Júnior. Y así queda todo claro, ¿verdad? Aunque lo de Sénior y Júnior resulta un poco aristocrático, ¿no? Para poder hablar de Júnior y Sénior lo normal sería que tuvieran el mismo nombre, pero a ellos no les importa.

La rubia finalizó su explicación con una tintineante risita.

—Sí, la recuerdo. Buenos días. Me he asustado porque no esperaba encontrarme a nadie en el bosque a estas horas —comentó Weronika, por decir algo.

No le caía muy bien la esposa de su vecino. Ya se habían encontrado una vez, cuando Weronika compró la casa. La mujer parecía de su misma edad; en cambio, Sénior Kojarski, el dueño de la propiedad, debía de andar por los sesenta. Weronika pensó que el estereotipo del ricachón con una esposa joven y atractiva quedaba así ilustrado a la perfección.

Blanka Kojarska sonrió a modo de disculpa. Su respiración era rápida e intranquila, como si le preocupara aquella situación.

—¡Qué bien que nos hemos encontrado! ¿Pasea usted a menudo por aquí? Podríamos caminar juntas un trecho. —*Igor* parecía embelesado por la vocecilla de la atractiva rubia.

Weronika se limitó a asentir por temor a que, si hablaba, Blanka notara que la idea no la entusiasmaba. Ya podía olvidarse del paseo en solitario y de la contemplación en silencio del bosque nevado.

–¡Creo que podemos tratarnos de tú! –exclamó Blanka, como si creyera haber dado con la mejor idea del mundo–. Me parece que somos de la misma edad...

–Weronika Nowakowska –dijo mientras estrechaba la pequeña mano que le había tendido.

–¡Blanka! ¿Y tú cómo te llamas, perrito? –preguntó con tono meloso la rubia dirigiéndose a *Igor*.

El perro parecía estar hechizado por completo. Como seguramente le ocurriría a cualquier otro macho en presencia de esta muñeca, pensó con acritud Weronika. Aunque enseguida sintió remordimientos. Pese a que siempre se repetía que no se debe juzgar a las personas por las apariencias, había encasillado a su vecina a la primera oportunidad.

–El perrito se llama *Igor*. –A pesar de todo, no fue capaz de evitar el tono sarcástico, algo a lo que no pareció prestar atención Blanka Kojarska, que agarró una rama carcomida y la lanzó en dirección al bosque. La rama cayó a poca distancia y se hundió en la nieve.

–No sabe... –empezó a decir Weronika. Para su sorpresa, *Igor* salió corriendo muy animado y le trajo el palo a Blanka todo orgulloso–. No sabe traer cosas...

–¡Pero qué listo eres! –dijo la rubia entusiasmada. *Igor* meneaba el rabo para expresar su satisfacción. Weronika apretó los dientes. Tenía celos hasta del perro, y eso que ahora que empezaba una nueva vida había decidido dejar de compadecerse de sí misma y librarse de los sentimientos negativos–. ¡Me encanta pasear por el bosque!

Pues no tienes pinta de que así sea, quiso comentar Weronika. En lugar de eso cerró la boca y echó a andar a paso vivo. No cabía duda de que aquella mujer la irritaba, pero también era cierto que poseía un extraño encanto.

–¡A veces hago hasta diez kilómetros! –dijo Blanka muy complacida–. Es un buen ejercicio. ¡De verdad!

Caminaron un rato en silencio, interrumpido tan solo por el sonido de sus pasos sobre la nieve.

–También doy paseos por las noches, me ayuda a dormir –continuó diciendo aquella acompañante no deseada. Su voz había cambiado de repente; ya no era un gorjeo melifluido, ahora sonaba como si Blanka fuera una viejecita cansada de la vida–. Es que a menudo tengo problemas con el sueño...

Weronika estuvo a punto de pararse, sorprendida por aquel súbito cambio. Tenía la impresión de que la rubia tonta se había esfumado y de que en su lugar había aparecido una persona totalmente distinta. La interrogó con la mirada.

–Yo también –comentó de inmediato, para animar a Blanka a seguir hablando.

Kojarska miró a Weronika con simpatía. Se balanceaba sobre uno y otro pie, expectante. A juzgar por su comportamiento, aquella parecía ser la primera vez que se encontraba con alguien que tuviera su mismo problema.

–Bueno, últimamente. –Weronika se sintió obligada a aclarar lo que había dicho–. O sea, desde que me divorcié...

–Sí, me lo han contado. –La nueva mujer que había ocupado el cuerpo de Blanka puso su mano en el hombro de Weronika, demostrándole su comprensión. Después siguieron andando despacio–. Las mujeres tenemos una vida más dura... Qué le vamos a hacer. Es nuestro destino.

–Vaya, estáis aquí. –Por la curva apareció de forma inesperada Radosław Kojarski Júnior, amigo del exmarido de Weronika–. ¡Blanka, te he buscado por todas partes!

Weronika se sintió como si estuviera de nuevo en Varsovia. Solo faltaba su esposo para que el cuadro estuviera completo. Aunque seguramente él sería la última persona que se decidiera a dar un paseo por el campo. Weronika no recordaba que alguna vez se hubiera puesto otro calzado que no fueran sus brillantes zapatos de charol. Y con esta nieve no sería la mejor elección, pensó.

–Venga, Radek, no finjas que no sabes cuál es mi ruta –dijo Blanka con coquetería. El gorjeo melifluido había vuelto.

Radek Júnior notó un escalofrío de desagrado, pero Blanka no pareció advertirlo.

–Como si no la conocieran todos... –murmuró él–. ¿Qué tal estás, Weronika? –le preguntó a Nowakowska con fingido interés.

Weronika no lo conocía muy bien, pero sospechaba que si se parecía a su marido, aunque solo fuera un poco, entonces seguro que no le interesaba nada aparte de sí mismo.

–¿Qué? –dijo Weronika distraída tras salir de su ensimismamiento.

–¿Que qué tal te las apañas? Con la nueva casa y todo eso –repetió Júnior irritado. No tenía por costumbre repetir las cosas. Se abrochó bien el abrigo, hasta arriba.

–Todo me va estupendamente. Me las apaño a las mil maravillas. Sin Mariusz la vida resulta mucho más sencilla –contestó con un tono de aparente despreocupación. Esperaba que su exmarido se enterara ese mismo día de lo que había dicho. Un pequeño comentario mordaz que ahora ya podía permitirse.

Igor se puso a dar saltitos, descontento por la falta de interés hacia él y por aquel fastidioso alto en el camino.

–Vuelve a casa. –Júnior Kojarski se dirigió a Blanka ignorando con descaro las palabras de Weronika, que aún flotaban en el aire–. Vamos a comer enseguida. Mi padre quiere que estés tú también. Ha preparado para nosotros una comida en familia. Acabo de venir de Varsovia y ya me encuentro una historia de estas.

La repulsión le hizo temblar.

–Es que últimamente no te dejas ver mucho por aquí, Radek. –Blanka lo agarró de la mano. Ella también se había olvidado de Weronika, que escuchaba su conversación sin desearlo–. Todos te echamos de menos, lo sabes.

–Tengo mucho trabajo –dijo Júnior con sequedad, y se soltó de su mano.

Blanka pareció sorprendida por ese gesto. Trató de volver a agarrarle la mano. La tensión entre ambos casi se podía palpar. Weronika pensó que a esos dos los unía algo. ¿Estaría la joven esposa liada en secreto con el hijo de su marido? Los pensamientos de Weronika empezaron a girar otra vez en torno a la infidelidad, y eso no le gustaba nada.

–Bueno, pues yo me voy. Hace frío y... y además quiero pasarme por la tienda –explicó torpemente, aunque no era necesario, porque

Júnior Kojarski iba ya camino de casa, sin hacer caso a ninguna de las dos mujeres. Blanka la miró con tristeza.

–Tenemos que vernos más a menudo. Te invito a cenar hoy aquí, ya te llamaré –comentó, y después salió corriendo tras Júnior Kojarski.

Weronika los observó un momento. Al final *Igor* le dio un empujón con la nariz: rebosaba de energía.

–Muy bien, perrito, ya vamos.

Se encaminaron de vuelta a casa a través del bosque. Cuando llegaron al Claro de las Brujas, Weronika decidió tomar el atajo que llevaba al pueblo. Haría esas compras; en realidad, sí que necesitaba algunas cosas. A *Igor* no le pasaría nada por esperar un rato fuera de la tienda. Y conociendo a Wiera, quizá incluso le dejara entrar y le diera a escondidas alguna chuchería.

El inspector Daniel Podgórski, jefe de la comisaría de Lipowo, caminaba con brío por la carretera, que acababan de limpiar de nieve, en dirección a su puesto de trabajo. El día era soleado y él estaba contento. Su buen humor no lo estropeaba ni siquiera el hecho de que por la mañana hubiera tenido que aflojarse el cinturón un agujero más. Todos los vídeos de Internet que enseñaban cómo conseguir que el abdomen luciera una atractiva «tableta de chocolate» resultaban inútiles frente a las artes culinarias de su madre. No lo podía evitar. Tenía treinta y tres años y su tripa hacía mucho que no era lisa, así que lo de las tabletas mejor olvidarlo. A fin de cuentas, si lo pensaba bien, los músculos de su abdomen nunca habían estado marcados con claridad. Hay que enfrentarse cara a cara a la verdad y aceptar la realidad, se dijo con valentía. No tenía una tripa lisa, pero en cambio sí un trabajo que le gustaba. Además podía ir dando un paseo por el tranquilo Lipowo como hacía en ese momento, silbando su canción favorita.

Los vecinos de las casas adyacentes saludaban con amabilidad cuando se cruzaban con Daniel. Después de todo, él se encargaba de velar por que el pueblo fuera tranquilo y seguro. ¿Qué más se le puede pedir a la vida? Bueno, quizá alguna cosa más, reconoció con desgana. Una esposa, hijos, un trabajo en la oficina de

investigación criminal de una ciudad, enumeró ilusionado. Carraspeó para disipar esos sueños. Hay que tener cuidado con lo que uno desea. Al fin y al cabo, las cosas estaban bien tal como estaban.

AEwelina Zaręba le quedaba media hora para abrir la peluquería que regentaba en Lipowo. Su marido, Marek, ya se había ido al trabajo y su hija aún dormía profundamente, disfrutando de los primeros días de las vacaciones de invierno. El día parecía muy hermoso y a Ewelina la esperaba mucho trabajo. Decidió darse un paseo para llenar los pulmones de aire fresco. Lo hacía a menudo.

Miró con melancolía el paquete de tabaco. Él y Marek se habían propuesto dejar de fumar. Luchó un momento consigo misma y al final se metió el paquete de tabaco en el bolsillo del abrigo, solo por si acaso. Salió y caminó por la carretera en dirección al bosque. Tenía intención de llegar hasta la curva y volver, lo justo para disponer de unos minutos de relax. Ni muchos ni pocos.

Wiera, la dueña de la tienda de Lipowo –no había más que una–, era probablemente la única persona con la que hasta entonces Weronika Nowakowska había entablado algún tipo de relación social. Si es que unas cuantas conversaciones durante las compras se podían denominar relaciones sociales. Wiera tenía algo en su forma de ser que desde el primer momento le hacía a uno sentirse como si la conociera desde mucho tiempo atrás. Al menos así lo pensaba Weronika. Los demás habitantes de Lipowo quizá tuvieran una opinión diferente, pero a ella le caía bien aquella mujer. Al parecer, la gente la llamaba bruja, según le contó la propia Wiera entre risas. Aunque a los lugareños eso no les impedía pasarse largos ratos chismorreando en la tiendecita, donde el aire olía a especias. Más de una vez Wiera le había comentado a Weronika que su tienda era el centro de la vida social del pueblo, lo cual constituía una muy buena razón para sentirse orgullosa.

Weronika ató a *Igor* delante del pequeño edificio y entró en la tienda, donde fue recibida por el tintineo de las campanillas colgadas sobre la puerta. Había que reconocer que Wiera tenía realmente un

aspecto bastante original, con su pelo largo y desgreñado y sus vestidos oscuros y amplios. Weronika pensaba que solo necesitaba un sombrero adecuado y la podrían tomar por una verdadera bruja.

Wiera acababa de abrir. Nunca era muy estricta con los horarios. En la puerta incluso había colgado un cartel en el que había escrito a mano: «Abierto cuando me apetece».

La tienda estaba casi vacía, cosa poco normal. Solo había un hombre junto al mostrador. A pesar de ser invierno, su cara tenía un tono bronceado, lo cual sugería que pasaba mucho tiempo al aire libre. Wiera le entregó los productos que había pedido. El hombre le dio las gracias mientras dejaba sobre el mostrador la suma justa de dinero. Cuando se cruzó con Weronika en la entrada la saludó con un ligero ademán de cabeza, aunque ella no recordaba que se hubieran visto nunca. Le pareció que el hombre la observaba con atención. Por segunda vez aquel día pensó que seguramente en Lipowo ya todos lo sabían todo sobre ella. El misterio de las ciudades pequeñas y los pueblos.

Wiera sostenía que Weronika había causado un gran revuelo al instalarse en aquel aburrido lugar donde apenas ocurría nada. La llegada de los Kojarski, varios años antes, la habían comentado tantas veces que ya había perdido todo interés. Weronika le había dado nueva vida a los cotilleos en Lipowo.

—Hola —la saludó Wiera.

Tenía alrededor de sesenta años, pero, aunque en su pelo relucían líneas blancas, en sus ojos brillaba una energía juvenil.

—Y ese que acaba de salir es el chico de la hacienda, cuida del jardín y hace reparaciones. Sustituyó al viejo Tomczyk, porque ya no podía trabajar. —Y añadió a modo de aclaración—: Debido a su reuma. Un hombre para todo, como se suele decir.

—Gracias a ti pronto yo también lo sabré todo acerca de todos en Lipowo —dijo Weronika riendo.

En ese sentido, Wiera era una enciclopedia andante, a pesar de que llevaba poco tiempo viviendo allí.

—Es el papel que me toca desempeñar, chica, el papel que me toca. Y tú, ¿cómo es que has dejado a *Igor* fuera con el frío que hace? Que entre ahora mismo, no se le vayan a congelar las posaderas —dijo mientras agarraba una chuchería para el perro.

Igor estuvo encantado de cambiar el frío por el calor de la tienda. Más aún cuando vio que le esperaba una sorpresa en forma de trozo de carne. Se sentó en medio de la estancia y mascó la chuchería con cara de felicidad.

Las compras le ocuparon a Weronika más tiempo del que había calculado, porque Wiera se extendió en su relato de las noticias locales. Al final lo metieron todo en bolsas de plástico y Weronika salió de nuevo a la calle.

—¿La ayudo?—Delante de la tienda había un joven policía terminando de fumarse un cigarrillo. Seguramente había venido desde la comisaría, que se hallaba muy cerca. Tiró la colilla a la nieve y la pisó con el zapato. Parecía un poco avergonzado de que lo hubieran pillado fumando—. Esas bolsas parecen pesadas. Soy Marek Zaręba.

—Muchas gracias, no hace falta—le aseguró Weronika, que también se presentó.

En su interior sonrió al pensar que quizá vivir en un pueblo pequeño tuviera sus ventajas. Por un lado estaban el guardabosques, obsesionado por ceñirse a lo que decía la ley, y los vecinos raritos, la familia Kojarski. Pero por otro lado, la gente parecía allí más amable que en la ciudad.

Cargada con las compras, Weronika empezó a subir la cuesta que conducía a su nueva casa, convencida de que mudarse a Lipowo había sido una gran idea.

El inspector Daniel Podgórski sacudió bien la nieve de sus zapatos ante la puerta de la comisaría. En el interior había una temperatura agradable. Respiró profundamente.

—Hola, hijo—escuchó que le decía su madre.

Le había saludado desde detrás del escritorio de la recepción. Como de costumbre, allí todo estaba en perfecto orden. Los bolígrafos metidos en una taza alta con el dibujo de un gato sonriente; las hojas para tomar notas, en su cajita correspondiente. Y el ordenador apartado lo más lejos posible, porque su madre todavía no se fiaba de él.

Le avergonzaba un poco aquella situación: no solo vivía aún con su madre, sino que encima trabajaba con ella. Era una especie de secretaria y organizadora, y se encargaba también de traer pasteles

caseros. Con ellos se había granjeado las simpatías de todos los policías que trabajaban en la pequeña comisaría. Y además Maria era la esposa de Roman Podgórski, el héroe local, el policía que había muerto en acto de servicio. Por esta razón, para todos los vecinos del pueblo resultaba evidente que ella era la persona adecuada para desempeñar la función que desempeñaba. A pesar de su aversión por los ordenadores y por cualquier novedad tecnológica. En Lipowo no necesitaban nada de todo eso.

–Hola, jefe –lo saludó Marek Zaręba, el más joven de los policías.

–Hola, Peque.

Daniel sabía perfectamente que Marek tenía bajo su uniforme aquella mítica «tableta de chocolate». Zaręba era aficionado a pasarse horas haciendo ejercicio, lo que le garantizaba la admiración generalizada del sector femenino de los habitantes de Lipowo. Pero qué más da, si de todas formas bajo el uniforme de invierno no se ve nada, se dijo Podgórski para consolarse.

–¡Ha llegado el jefe! –gritó con fuerza Marek Zaręba.

La comisaría no era muy grande, pero Daniel se sentía orgulloso de que cada policía tuviera su propio despacho. En su opinión eso daba una imagen de profesionalidad. Tenían también una sala de conferencias, que a decir verdad cumplía a menudo la función de salón social, pero eso no rebajaba su importancia.

Al poco aparecieron en el pasillo los otros dos policías, Paweł Kamiński y Janusz Rosoń. Por tanto, junto a Daniel y Marek Zaręba, hacían un total de cuatro. Ni muchos ni pocos, opinaba Podgórski. Igual que en otras comisarías de la zona.

–Hoy hace un frío de la hostia, ¿eh? –gritó Paweł Kamiński sin cortarse.

Kamiński era el hijo del otro héroe local. Jan Kamiński había fallecido durante el mismo incidente que el padre de Podgórski. Desde entonces, todos en el pueblo habían estado seguros de que los hijos de aquellos dos héroes de la policía ocuparían sus puestos en la comisaría de Lipowo. Fue lo que en efecto ocurrió al cabo del tiempo, y hasta la fecha todos estaban satisfechos.

–¡En mi comisaría no quiero escuchar ese tipo de expresiones! –gritó Maria desde detrás de su escritorio–. Está completamente fuera de lugar, Paweł.

A pesar de su aspecto de bondadosa señora entrada en años, Maria Podgórska daba muestras de su particular autoridad. Paweł Kamiński balbució una breve disculpa. En su ayuda salió el joven Marek Zaręba.

–Sí, es cierto. Cuando he salido de casa he visto que había quince bajo cero. Un invierno de verdad, como debe ser.

Janusz Rosół, el mayor de todos ellos, se limitó a asentir mientras se atusaba su poblado bigote. Prefería no decir nada. Los demás ya se habían acostumbrado a su parquedad de palabras.

–¿Alguna novedad? –preguntó Daniel Podgórski, y empezó el largo proceso de quitarse las prendas de invierno.

Paweł Kamiński y Janusz Rosół negaron con la cabeza.

–En realidad no –resumió en nombre de sus colegas el siempre enérgico Marek Zaręba–. Gierot, como siempre, se emborrachó y se quedó dormido junto a la carretera. Lo llevé a casa. Con este tiempo es peligroso permanecer así en la calle. Nada más, aparte de algo de papeleo que quedó de ayer. ¡Ah, sí, jefe! En la tienda he visto a la nueva, la que vive ahí arriba, esa que quiere hacer una cuadra en el pueblo. Sabes cuál, ¿no?

–Algo he oído –contestó Podgórski como queriendo evitar el tema.

Su colega siempre intentaba emparejarlo con todas las candidatas posibles. Marek no podía comprender cómo era posible que Daniel estuviera todavía solo. Él se había casado con la peluquera del pueblo a los dieciocho años y ya iba a celebrar el décimo aniversario de boda.

–Está tremenda la tía. –Marek Zaręba pestañeó de manera teatral–. Es alta como una modelo, tiene un pelo pelirrojo precioso que destaca a lo lejos y un cuerpazo. Una belleza, y encima es de Varsovia. Wiera dice que está divorciada, así que ya sabes, Daniel: ¡a por ella!

–¡Peque, tú mejor concéntrate en tu familia! –dijo Daniel riendo–. Al parecer ha quedado algo de trabajo, ¿no? Pues cada uno ya sabe lo que tiene que hacer. Se acabó el charloteo, venga, a trabajar.

Se metió rápidamente en su despacho para no tener que seguir hablando sobre la nueva habitante del pueblo.

—Yo también la he visto. ¡Joder, qué buenísima está! Aunque quizá algo alta para mí. —Aún tuvo tiempo de escuchar las palabras de Kamiński, que estaba muy animado.

Cuando cerró la puerta, Marek y Paweł comentaban entusiasmados los rasgos de la pelirroja de Varsovia, Weronika. Janusz Rosół, como de costumbre, se había quedado a un lado retorciéndose el bigote y asintiendo apáticamente.

A veces, a Wiera le gustaba cerrar la tienda sin avisar y, sin planearlo de antemano, irse a dar un paseo por el bosque o a buscar hierbas aromáticas en el campo. No era malo introducir un elemento de incertidumbre en la aburrida vida de los habitantes de Lipowo. ¿Por qué siempre tenían que saber si la tienda estaba abierta o cerrada? Wiera no aceptaba reglas inflexibles en ninguna esfera de la vida. Y desde luego no deseaba imponer a su tienda un horario fijo, de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. La tienda era su reino y sanseacabó. Que los demás se amoldaran. Aunque a decir verdad tampoco es que le importara demasiado si se amoldaban o no.

Cerró la tienda, a pesar de que en realidad la acababa de abrir. Echó a andar por la carretera en dirección a la linde del bosque, donde estaba el cartel de «Bienvenido a Lipowo». El alcalde estaba orgulloso de él, pero a Wiera no le parecía nada del otro mundo. ¿Cuántos como ese había visto ya? No lo recordaba. Recogió una piedra al borde de la carretera, tenía una forma curiosa. Se la metió en el bolsillo de su viejo y raído abrigo. Nunca se sabía cuándo podría resultar útil.

—Ahora empezará todo —se dijo en voz baja.

Entonces escuchó un grito prolongado que pareció la respuesta a su comentario. Venía del bosque. Poco después salió corriendo de entre los árboles una chica presa del pánico. Wiera la reconoció enseguida, se trataba de la peluquera Ewelina Zaręba, esposa del policía más joven. La tendera no tenía una opinión muy buena de ella. Había visto muchas chicas como aquella. Uñas postizas y cazadoras cortas y ceñidas. No es que eso le molestara a Wiera, simplemente consideraba estúpido arreglarse así para unos hombres que de todas

formas no valían para nada. Y desde luego no había ninguna necesidad de congelarse por ellos.

La peluquera corría como una loca. El roce de la ajustada cazadora de plumas producía un ruido desagradable y Wiera se estremeció al escucharlo. Los tacones de las botas altas golpeteaban contra el pavimento embarrado de la carretera.

–Vaya unas botas que me lleva con este tiempo –dijo Wiera resoplando al verlas.

La chica se resbaló, pero al final logró conservar el equilibrio.

–Señora Wiera –balbució Ewelina–, tenemos que ir cuanto antes a por Marek o Daniel... Tenemos que traer a la policía. Ha ocurrido algo terrible.

Wiera asintió con tranquilidad. Ya había empezado.

Maria Podgórska se sentó cómodamente tras su escritorio en la recepción de la comisaría y escuchó la conversación de los policías con una sonrisa indulgente. El joven Marek Zaręba y Paweł Kamiński seguían entusiasmados con la extraordinaria belleza de la pelirroja Weronika Nowakowska. Como es lógico, cada uno la admiraba a su manera. Marek buscaba compañera para Daniel. En cuanto a las intenciones de Paweł, Maria prefería no profundizar, porque todos sabían cómo era con las mujeres. Janusz Rosół participaba de manera silenciosa en la discusión, por lo que de momento no se podía adivinar cuál era su opinión sobre la varsoviana.

Maria suspiró profundamente. Deseaba de todo corazón que su único hijo encontrara por fin a la compañera de su vida y por eso estaba contenta por el empeño que ponía Marek. Lo mejor sería que Daniel eligiera a alguna chica de buenas costumbres que viviera por la zona, pero, si no había más remedio, una varsoviana tampoco estaba mal. Podgórska se preguntaba si había cometido algún error en la educación de su hijo, en la cual había puesto todo el amor que llevaba dentro. Pero perder a su padre a una edad tan temprana era algo que sin duda había dejado huella en él. ¿Sería esa la razón de que Daniel continuara solo?

El timbre del teléfono interrumpió sus pensamientos. Contestó usando la fórmula habitual: se la conocía tan bien que podía recitarla a cualquier hora del día o de la noche.

—Anda, si eres tú, Wiera. —Maria sonrió, a pesar de que la tendera no podía verla—. Qué bien que me llamas, precisamente quería hablar contigo sobre ciertos asuntos.

Wiera la llamaba a veces para intercambiar los últimos cotilleos. Constituía un agradable paréntesis en el trabajo diario en la comisaría. Sin embargo, esta vez Maria escuchó horrorizada las palabras de la tendera. Poco a poco desapareció la sonrisa de su cara.

Colgó el auricular con cuidado.

—Hay un aviso —dijo con un tono apenas audible.

—¿Ha dicho algo, señora Maria? —El primero en aparecer en el pasillo fue el joven Marek Zaręba.

Está claro que es quien tiene mejor oído, sigue siendo un chiquillo, pensó sin venir a cuento Podgórska. No hacía tanto tiempo que Zaręba había salido de la academia de policía. Maria recordaba muy bien la sonrisa orgullosa del chico la primera vez que había atravesado el umbral de la comisaría vestido con su uniforme nuevecito.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió Marek, como si dudara de que ella lo hubiera oído.

Mientras tanto, el resto de los policías ya se había acercado hasta la recepción. Paweł Kamiński y Daniel la miraban expectantes. Janusz Rosół se atusó el bigote con un movimiento mecánico.

—Ha llamado Wiera —explicó Maria despacio—. Ha encontrado a una monja atropellada. En el bosque, justo a la entrada del pueblo. Ewelina está allí...

—¡Mi esposa! —gritó incrédulo Marek Zaręba—. ¿Le ha pasado algo?

—Venga, Peque, vamos para allá —le dijo Daniel Podgórski agarrando su abrigo.

—Yo también voy, no me lo pierdo —lo interrumpió Paweł Kamiński frotándose las manos de satisfacción—. Seguro que ya está allí el pueblo entero. La hostia, yo también quiero verlo. No me lo pierdo por nada del mundo. Estas cosas aquí no pasan a diario.

Daniel lo atravesó con la mirada, pero Kamiński ya se había puesto su abrigo.

–Rosół, tú y Maria quedaos aquí.

Janusz asintió y se dirigió con desgana hacia su despacho.

Se había resguardado entre los árboles, apretando el teléfono móvil con las manos heladas. Su viejo Nokia resultaba ahora de lo máspreciado. No tenía buena cámara, pero bastaba para sacar unas cuantas instantáneas. Unas valiosas instantáneas. Incluso diría que pueden llegar a ser valiosísimas, pensó muy satisfecha.

Seguro que en breve aparecería la policía en el lugar. Oyó que empezaba a llegar gente desde el pueblo, pero solo ella tenía todo aquello documentado. Había valido la pena deambular por los alrededores desde primera hora de la mañana.

No comprendía del todo qué era lo que había ocurrido allí. Se daría algo de tiempo para pensar sobre el asunto antes de hacer nada. Mejor no precipitarse.

La comisaría se hallaba más o menos en el centro del pueblo, así que los tres policías, bien abrigados, fueron a pie hasta el lugar del suceso. Las noticias corrían por Lipowo más rápido que en ningún otro sitio, por lo que en la carretera ya había un gran número de vecinos preocupados. Intercambiaban comentarios entre sí, mirando ya hacia el bosque, ya hacia los policías que allí se dirigían. Paweł Kamiński tenía razón, en el pueblo raras veces ocurría algo, así que ahora todos querían ver un accidente que les pertenecía. Cuando los agentes pasaron junto al cartel de bienvenida a Lipowo, seguramente ya todas las casas de la localidad contaban con un representante entre el gentío que avanzaba compacto tras las fuerzas del orden.

–Hola, chicos –los saludó con familiaridad el alcalde, que apareció de repente–. Me he encargado de que nadie tocara nada hasta que llegaraís.

Soltó una carcajada, satisfecho de sí mismo, y su papada doble vibró. Su gorra gris se deslizó un poco sobre su ojo izquierdo. Con un movimiento rápido la volvió a colocar en su sitio.

–¿Dónde está Ewelina? –preguntó nervioso Marek. En ese momento no le interesaba nada más que la seguridad de su esposa.

–En la tienda de Wiera –contestó el alcalde, algo resentido porque los policías no le hubieran dedicado ningún elogio–. Por lo que tengo entendido, fue ella quien la encontró. La pobre está muy impresionada...

Marek Zaręba miró a Daniel expectante. Podgórski asintió, dándole a entender al joven policía que podía irse con su esposa. Ahora, ya mismo. Comprendía el nerviosismo de su colega y en realidad se podía ocupar él solo. Incluso aunque tuviera a Paweł Kamiński como única ayuda.

–¡Váyanse de aquí, por favor! –dijo en ese momento Kamiński, adoptando el tono de alguien experimentado en esas batallas. Los ojos le brillaban de emoción–. Dejen este asunto a las personas competentes. ¡No se acerquen demasiado, por favor!

Daniel continuó adelante, sin hacer caso al comportamiento de Paweł. Tras la curva yacía la víctima del accidente, que desde el pueblo no era visible.

–¡La hostia! Alguien le ha dado un buen golpe con el coche, ¿eh? –Paweł siguió a Daniel hasta el lugar del suceso–. ¡Ya te digo!

Podgórski sacó el teléfono. La monja estaba muerta y el responsable había huido. Era hora de pedir refuerzos a Brodnica. Se apartó un poco para poder hablar con tranquilidad, aunque las voces llenas de espanto de los vecinos sobrecogidos de Lipowo se extendían por todo el bosque. Podgórski deseaba hacerlo todo como es debido. Notó que le sudaban las manos. A pesar del frío. El fiscal Czarnecki contestó después de un momento que le pareció el más largo del mundo.

Mientras tanto, Marek Zaręba regresó con Ewelina abrazada a él. Paweł Kamiński miró con lascivia a la peluquera. La mujer se arregló el peinado corto que lucía, como si quisiera ocultarse de su mirada.

–No pinta nada bien –comentó Zaręba mirando el cuerpo de la monja atropellada.

–Lo mismo digo. Un follón de cojones –afirmó Paweł sin apartar la vista de la peluquera–. ¿Y cómo se encuentra nuestra querida señora Zaręba?

Ewelina tembló al oír la pregunta. Marek tampoco daba la impresión de estar muy contento con el excesivo interés de su colega.

Le lanzó una mirada de advertencia y abrazó con más fuerza a su esposa.

–He hablado con el fiscal Czarnecki –les interrumpió Daniel, que se acercó con paso rápido–. Nos envía a los técnicos. Nos tenemos que encargar nosotros de este asunto...

–Yo no quiero decir nada, pero nosotros... –Marek Zaręba no parecía muy convencido de que tuvieran que ser ellos cuatro solos quienes se ocuparan del desafortunado accidente de la monja–. No sé si deberíamos...

–Nosotros nos encargaremos, Peque –dijo con determinación Daniel.

A Podgórski lo asaltaron sentimientos confusos. Por un lado lo aterraba aquella muerte absurda, pero por otro experimentaba cierta satisfacción por ocuparse de un asunto más importante que la desaparición del gato de la señora Rudzka o la disputa entre Wereda y Nosowski acerca de unas lindes. El policía se avergonzó un poco de su alegría, pero desde la muerte de su padre siempre había soñado con perseguir a quienes de un modo u otro hacen daño a los demás. Y justo tenía delante su oportunidad.

–Por supuesto que nosotros nos encargaremos –lo apoyó Paweł Kamiński–. No veo que haya la menor complicación en esto. Algún mocoso habrá atropellado a la monja y luego se ha largado. No me extrañaría que hubiera sido ese endemoniado hijo de nuestro querido colega Janusz. ¡No sería la primera vez, joder! Ha sido Bartek y la banda esa de Ziętar. Recordad lo que os digo.

Daniel Podgórski se quedó junto al cuerpo de la víctima hasta que llegaron los especialistas. Tuvo ganas de tapar a la fallecida para protegerla de las miradas indiscretas de los curiosos. Seguramente para ella el pudor era importante. Pero sabía que no podía hacerlo. No se permitía tocar nada hasta que llegara el equipo de criminalistas, porque en el cuerpo podía haber huellas. Aunque lo más probable era que Paweł Kamiński estuviera en lo cierto y el asunto no albergara ningún misterio. Daniel prefería aplicarse aquello de que hombre precavido vale por dos.

No tiene por qué resultar difícil, pensó para consolarse. Sin embargo, había algo que no lo dejaba tranquilo.

2

Varsovia, 1950

Marianna llevaba ya varios meses viviendo en Varsovia. A veces echaba de menos el susurro del bosque por las noches y el dulce olor de los campos, pero aun así se sentía feliz. A pesar de las adversidades de sus familiares y amigos sobre que en la capital la pobreza se padecía incluso más que en el pueblo, ella había conseguido encontrar trabajo con bastante rapidez: cuidaba de las dos encantadoras hijas de cierta familia acaudalada. Estaba convencida de que no podía haber tenido más suerte.

Cuando salió de su pequeño pueblo, en el que todos se morían de hambre, no podía ni tan siquiera imaginar que alguien viviera con tanto lujo. Las niñas tenían un vestido diferente para cada día, y casi a diario se servía carne en la comida. La cocinera incluso le permitía comerse lo que sobraba. Su cara se había redondeado y ya no se parecía a la de la insegura chica de pueblo que era unos meses antes.

Su madre la había prevenido antes del viaje a la capital, pero el dinero que Marianna enviaba cada mes acabó por cerrarle la boca. Se escribían largas cartas, a pesar de que ninguna de las dos sabía escribir demasiado bien. Su madre le hablaba de los nuevos niños de los vecinos y Marianna describía al detalle los progresos en la reconstrucción de la capital, que las bombas alemanas habían destruido completamente.

En otoño, la patrona de Marianna se quedó embarazada otra vez. En la casa reinaba una atmósfera de alegría, a la espera del milagro que había de acontecer. Ella estaba tan contenta como los dueños de la casa. Se sentía ya parte de aquella familia y como tal la trataban todos.

Una noche la despertó un grito de dolor. La señora se sintió muy mal y hubo que ir a buscar al doctor, que llegó de inmediato. Era el mejor especialista en ginecología y obstetricia, así que disponía de coche. Marianna le abrió la puerta, pero le faltó valor para mirarle. Tan solo veía sus zapatos de charol, que brillaban a la luz de las farolas. Al final reunió fuerzas y miró tímidamente al doctor.

–Buenas noches –la saludó él con amabilidad.

Marianna hizo una leve reverencia. Le daba miedo hablar. Bajó la cabeza, turbada.

–¿Dónde está la señora? –preguntó el doctor con dulzura, queriendo animarla un poco–. ¿Se encuentra bien? He venido lo más rápido posible.

–La señora tiene dolores –balbució la joven mientras bajaba aún más la cabeza.

–Tienes unos hermosos ojos violáceos, no los escondas así –dijo el hombre.

Ella se ruborizó. Era demasiado tímida para contestar. El doctor se rio sin maldad y subió a ver a la paciente.

Unos hermosos ojos violáceos, unos hermosos ojos violáceos, se repetía Marianna en su interior. Nadie le había dicho nunca algo así. Eran las palabras más bonitas que había oído jamás. Tenía la esperanza de que el doctor volviera por allí en más ocasiones. No le deseaba nada malo a su señora, pero ¿de qué otra manera podría encontrarse con aquel elegante doctor?

Para su satisfacción, el doctor tuvo que examinar a la paciente cada vez con mayor frecuencia. La visitaba casi a diario. Miraba a Marianna con simpatía y le dedicaba inocentes piropos. Le trajo más de un regalo. A ella el corazón le latía más deprisa en cuanto escuchaba su voz.

Marianna escribía cada vez menos a su madre. Le parecía que su amistad con el doctor no sería un buen tema, y en aquellos momentos no era capaz de pensar en otra cosa.

3

Lipowo. Martes, 15 de enero de 2013, por la tarde

Weronika Nowakowska decidió empezar la limpieza de la casa por el piso de abajo. Pronto tendría que encargarse de preparar una caseta en el viejo establo que había detrás de la casa. Unos días después tenían que enviarle a *Lancelot*, su querido caballo. Aquella perspectiva la asustaba un poco, sobre todo porque, a decir verdad, aún no había nada listo. Cuando acordó la fecha con el transportista, le pareció que los trabajos irían mucho más deprisa, pero resultó que no era tan sencillo ocuparse de las obras, de la limpieza y del duelo por el matrimonio finiquitado. Demasiado para una sola persona, se dijo. Y como resultado, la caseta para el caballo no estaba preparada y el cercado tampoco. Como estaba oscureciendo, decidió encargarse de ello al día siguiente a primera hora. De todas formas, a oscuras no iba a poder hacer nada. A lo lejos escuchó una sirena, como si pasara una ambulancia, pero enseguida quedó todo en silencio. Quizá solo se lo había parecido.

Decidió centrarse en la casa. En la planta baja había una gran cocina unida a un espacioso comedor, un amplio recibidor con puertas acristaladas, un despacho y un cuarto de baño. Prácticamente todo necesitaba una reforma general. El suelo viejo chirriaba por tantos años de uso, en algunos lugares las tablas se habían combado y en otros el barniz, que en tiempos cubría el lujoso parqué, se había desgastado por completo. Por suerte, en la cocina alguien había instalado ya algunos aparatos de última tecnología –una nevera y una cocina–, pero todo lo demás dejaba mucho que desear. El comedor mostraba un aspecto algo mejor, con una hermosa mesa y un aparador del que Weronika estaba orgullosa. En el futuro, cuando tuviera más tiempo y menos problemas en la cabeza, se ocuparía de

restaurar esos hermosos muebles. Siempre había soñado con tener algo así.

Tarareaba sus canciones favoritas y la limpieza iba cada vez más deprisa. En un abrir y cerrar de ojos tuvo lista la cocina, luego el comedor y el recibidor, y después se puso con el despacho. Las ventanas de la habitación daban al oeste, por lo que los tonos dorados del sol al ponerse recubrían las paredes en los días despejados. Alguien había tapado los viejos muebles con sábanas para protegerlos del polvo. Los fue destapando uno a uno y bajo las telas fueron apareciendo auténticos tesoros: muebles antiguos de bella factura, el sueño de cualquier coleccionista. Por desgracia, la mayoría necesitaba un buen repaso para recuperar el esplendor de antaño, como pasaba con los del comedor. Todo a su tiempo, pensó. Casi lamentaba que no estuviera allí Mariusz para poder alardear ante él del buen negocio que había hecho. ¿También se habría reído de ella en esta ocasión?

En el centro del despacho había un escritorio antiguo y muy sólido. Tenía muchos cajones, grandes y pequeños. Weronika los abrió todos uno por uno con la esperanza de encontrar dentro más sorpresas. Y no se llevó una decepción. Encontró unos cuantos objetos interesantes y una vieja agenda. Tocó la delicada cubierta de piel y la abrió con cuidado. Parecía un diario. Las anotaciones más antiguas procedían de mil novecientos catorce. Una auténtica joya, pensó admirada. Cuántas cosas maravillosas se pueden encontrar en una casa así.

—«Para que Weronika no la olvide le escribe Adela. Junio de mil novecientos catorce» —leyó en voz alta—. ¡Igor! ¡Es increíble! ¡Este diario pertenecía a una tal Weronika!

El perro levantó la cabeza extrañado y la miró durante un rato. Parecía completamente indiferente ante aquella coincidencia.

—¡Es algo precioso!

Siguió leyendo entusiasmada. La mayoría de las anotaciones estaban hechas con una caligrafía muy cuidada, que hoy día ya nadie sería capaz de imitar. Alrededor, las hábiles manos de las jóvenes artistas habían dibujado flores y otros motivos ornamentales.

De repente se oyó el sonido del teléfono, que sacó a Weronika de su admiración. Tembló asustada por la súbita vuelta al presente.

Guardó el diario en el cajón y salió corriendo del despacho. No recordaba dónde había puesto el teléfono. Y encima dejó de sonar, como a mala idea. Seguramente había saltado el buzón de voz. Weronika siempre había querido desactivarlo, no soportaba escuchar mensajes grabados. Era una aversión irracional, pero no lo podía evitar.

Al final, tras unos momentos de febril búsqueda, encontró el teléfono bajo las sábanas que había dejado en el suelo del recibidor después de quitarlas de los muebles.

–¡Igor! ¿Has tenido algo que ver en todo esto? –Weronika miró al perro amenazadora, al tiempo que le rascaba con ternura tras la oreja. Igor resopló encantado con las caricias–. Bueno, vamos a ver quién ha llamado.

Por un instante se quedó parada con el teléfono en la mano, aterrizada ante la perspectiva de que Mariusz hubiera intentado contactar con ella. A pesar de haber tomado esa misma mañana la decisión de empezar a vivir su vida, notaba que aún no estaba preparada para escuchar la voz de su exmarido. En su temblorosa mano, el teléfono parecía pesar varias toneladas. Finalmente se sobrepuso y miró la pantalla. «Tienes un mensaje en el buzón de voz», leyó. Suspiró y marcó el número indicado. Surgió la dulce voz de su vecina.

–Hola, querida. ¡Soy Blanka, Blanka Kojarska! ¡La esposa de Sénior Kojarski! No te habrás olvidado de la cena de hoy, ¿verdad, tesorito?

Weronika alzó los ojos. El gorjeo de la rubia seguía siendo exactamente igual de irritante. Cuando aquella mañana, durante el paseo, Blanka le había propuesto ir a cenar, esperaba que lo hubiera hecho solo por cortesía. Pero resultó que la señora Kojarska tenía de verdad la intención de recibirla en su casa.

–¡Iré a buscarte a eso de las seis, para que no tengas que venir sola por el bosque! –continuó diciendo Blanka–. ¡No hay necesidad de utilizar el coche, que el invierno está muy bonito! Nos vemos a las seis. ¡Besos!

Weronika miró el reloj. Horrorizada, comprobó que ya eran las cinco. La oscuridad invernal había ocultado por completo el paisaje que se veía desde la ventana. Le quedaba una hora para prepararse. Se miró en el espejo del recibidor. Los cabellos, cubiertos por una

capa de polvo gris, formaban una especie de nido en lo alto de la cabeza. Se quitó la goma que los sujetaba y los rizos pelirrojos cayeron a los lados de su cara. No estaba tan mal. Peor se presentaba el tema de la vestimenta. Llevaba puesto un chándal de andar por casa que no era lo más indicado para ir de visita, y menos para cenar con una familia tan adinerada como los Kojarski. Estaba segura de que su anfitriona se pondría un conjunto de Chanel o algo de precio similar.

Subió corriendo al baño del piso superior, evitando los escalones más inestables y peligrosos. *Igor* la siguió muy contento. Quizá pensara que era una invitación a jugar y ladró con alegría. En un rincón encontró uno de sus juguetes olvidados y empezó a lanzarlo tratando de atraer la atención de Weronika. Ella ignoró sus tentativas y se metió en la ducha. El agua estaba desagradablemente fría. Otra cosa que había que arreglar. Weronika tembló de frío cuando se secó el cuerpo. Después hizo lo mismo con la cabeza, intentando al mismo tiempo pintarse los ojos.

—No ha quedado perfecto, pero tampoco es catastrófico —se dijo al final.

Salió del baño y miró el reloj. Quedaban quince minutos para que llegara Blanka. Seguro que Mariusz habría comentado la situación con el correspondiente tono jocoso. Habría dicho algo como: «Vas con retraso y aún te tienes que vestir». Weronika se encogió de hombros.

Se había prometido miles de veces que prepararía conjuntos para cada ocasión y así solo tardaría un minuto en vestirse, pero nunca lo había conseguido. Ahora era mucho peor, porque todas las piezas de su vestuario se encontraban aún en las maletas y las cajas que había traído de Varsovia. Abrió la primera que vio con la esperanza de dar con las prendas que la sacaran del apuro. Ante sus ojos apareció un jersey negro y un pantalón vaquero enrollado. Demasiado informal, pensó, aunque por otro lado es invierno y no creo que se trate de una gran recepción. Empezó a sacar la ropa y a colocarla sobre la cama. En el fondo de la caja encontró un vestido negro corto que solo usaba en ocasiones especiales.

—Si me lo pongo, podrían pensar que me he arreglado demasiado —le dijo Weronika al perro. Últimamente charlaban mucho—. Además

no creo que lograra atravesar el bosque con esto puesto, y menos de noche.

Oyó que alguien llamaba a la puerta con los nudillos. Agarró el jersey y el pantalón. La primera elección es siempre la mejor, sentenció. Empezó a vestirse mientras bajaba las escaleras. En el último escalón se tropezó y se cayó de rodillas. Sintió un dolor penetrante. Lanzó un grito desgarrador.

—¿Qué ha pasado? —escuchó que decían desde fuera—. ¡Weronika! Soy Blanka. ¿Te ocurre algo?

—No, no. Estoy bien. Solo me he tropezado—. La puerta chirrió de un modo siniestro cuando la abrió. Tenía que engrasarla. Otro punto más en la lista de cosas pendientes—. ¡Pasa, por favor!

Blanka seguía llevando puesto el mono de esquí rosa. Se miró a sí misma con gesto de crítica.

—Perdón por mi aspecto, pero es que en el bosque ya sabes...

En su voz resonó la coquetería. Weronika se preguntó por un momento si Blanka estaría insinuándose como le había parecido que hacía con Júnior Kojarski, pero enseguida descartó esa idea. Estaba claro que era su manera normal de hablar.

—Me cambiaré cuando llegemos —prometió Blanka.

—Cuida de la casa, *Igor* —le ordenó Weronika a su perro cuando cerraba la puerta. Parecía bastante desilusionado por tener que quedarse solo, pero Weronika no estaba segura de si sería bien recibido en la cena de los Kojarski.

Avanzaron entre la nieve acumulada en dirección al bosque. Alrededor reinaba la oscuridad más absoluta, tan solo iluminada por la pálida luz de la luna que se reflejaba en la nieve. Cualquier sonido parecía amplificado por el silencio y la oscuridad. Inquietante.

—¿No tienes miedo de andar de noche por el bosque? —le preguntó Weronika a su acompañante.

—Qué va, no hay nada que temer. Aquí como mucho te puedes encontrar con un corzo o con un conejo —contestó Blanka riendo—. No existe ningún peligro. Todos los días paseo durante al menos media hora. Me ayuda a combatir el insomnio. Si tú también tienes ese problema, deberías probar. En mi opinión funciona a las mil maravillas. Y créeme si te digo que ya lo he intentado con todos los métodos posibles.